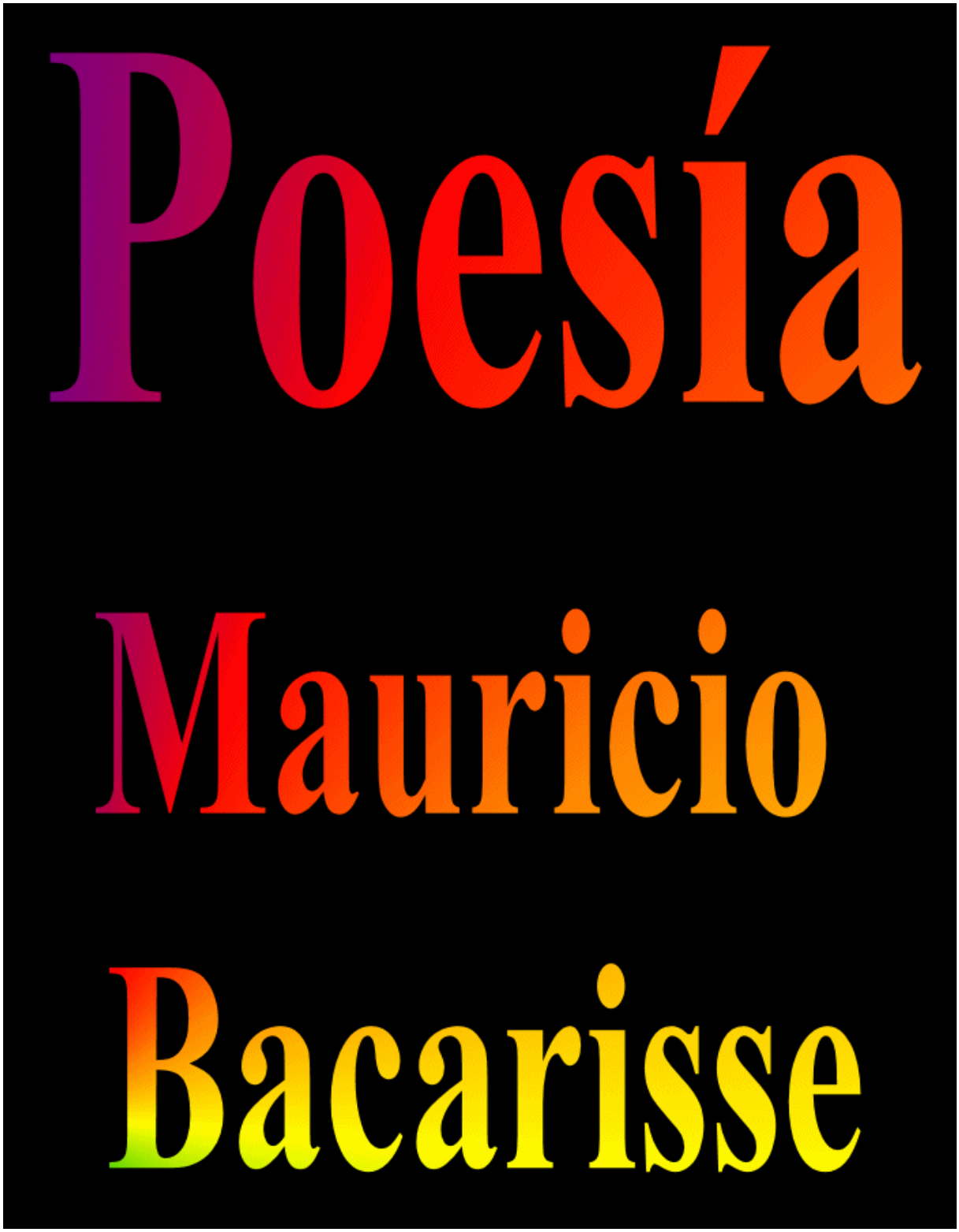
Poesía
Mauricio Bacarisse



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Poesía
-[2]- -[3]-
El esfuerzo
1917

A Enrique Díez-Canedo,
con gratitud y admiración
-[4]- -[5]-
Las canciones candorosas

Musmé

Eres bella y elegante
y tu alma extravagante
en amar no se marchita;
gozas la dicha completa.
Dios no te hizo tan coqueta
al hacerte tan bonita.

Brotan lujuriosas luces
de tus ojos andaluces
y de tu pelo africano,
y eres como una musmé
cuyo diminuto pie
caber podría en mi mano.

Tienes los labios de fresa
y las manos de abadesa;
son tus mejillas de grana,
y hasta en tu voz argentina
eres la mujer divina
con alma de cortesana.

-6-

Tu maldad no se adivina,
tu roja boca fascina
para asesinar después,
y es una flor de granado
que al besar, ha envenenado
al que lloraba a tus pies.

Yo te amé por tu elegancia
y por la rara fragancia
de las rosas de tu ser;
por tu traje azul turquesa,
por tu sangre de duquesa

y tu crueldad de mujer.

Eres una triste rosa
cuya esencia ponzoñosa
marchitó mi corazón,
y hoy me queda la tristeza
de contemplar tu belleza
y recordar tu traición.

Quizás comprendas mañana,
princesa esquiva y liviana,
la agonía de emoción
de aquel ingenuo amor mío
que murió yerto de frío
debajo de tu balcón.

¡Qué grato sería amarte
y entre los labios besarte
si tu espíritu tirano
fuese bondad, luz y calma;

si tú tuvieses el alma
tan blanca como la mano!

Prodiga el amor mortal
que me hirió como un puñal
con tu gracia de musmé,
y al amante hazle traición,
pues tienes el corazón
tan pequeño como el pie.

1913

Fragilidad

Mi alma tierna y melancólica
se ha enamorado de ti,
Magdalena hecha en mayólica
por Bernardo Palissy.

Serás mi único tesoro
hasta que venga la Intrusa;
eres lo que más adoro
con mi madre y con mi musa.

Como un ópalo en mi dedo
turba mi felicidad
ese inexpresable miedo
a tu gran fragilidad.

Eres un alma perdida
del Infortunio en las fauces;
eres Ofelia subida
a las ramas de los sauces.

Eres de nieve y cristal,
y si te estrecho en mis brazos
la copa del Ideal
ha de quebrarse en pedazos.

Eres un astro de oros
en mi existencia confusa;
eres lo que más adoro
con mi madre y con mi musa.

-9-

Por si algún día estoy falto
de tu amor y tu bondad,
vivo en triste sobresalto
por tu gran fragilidad.

1914
-10-

La infanta velazqueña

Era la Primavera cadenciosa.
La noche prodigaba sus zafiros;
arrullaba la fuente rumorosa
y el viento se llevaba entre suspiros
una lluvia de pétalos de rosa.

Cruzaste los jardines de mi ensueño
como una grácil y amorosa infanta;
me destoqué del negro castoreño,
pero al ir a besar tu egregia planta
tus ojos se apiadaron de mi empeño.

Llevaba el corazón atravesado
por todas las infamias de la vida
bajo el amplio manteo ensangrentado,
y al verte tan propicia y tan rendida
me eché a tus pies romántico y cansado.

Comprendí que no habías de saciarme
de la sed de ideal que en mí brotó;
pero tu amor quería recordarme
que don Diego Velázquez te pintó
y que el lienzo dejabas para amarme.

Yo, fuerte en el baluarte de mí mismo,
-golondrina anidada en su metopa-,
desconocí rencor y escepticismo,
pues desbordaba el vino de mi copa
en una espuma de romanticismo.

-11-

Contemplé al hombre desde mi alta cumbre;
vi su tragedia triste y aburrida,
y ardiendo el alma en la sagrada lumbre
la fe envolvía de la eterna vida
entre las flores de la certidumbre.

Era la Primavera cadenciosa
que perfumaba nuestra vida estulta.
La Noche suspiraba melodiosa
y Citerea nos llamaba oculta
tras unos setos de laureles rosa.

Mi verso tuvo luz en la esperanza
que vale más que imperios y fortuna,
y mirando la Dicha en lontananza
con tus besos al claro de la luna
vio los paisajes de la bienandanza.

En tus manos de infanta velazqueña
posé de mi cabeza los ardores
y fuiste mi alegría al ser mi dueña.
¡Qué importaba que hubiese sinsabores
si contigo la vida era risueña!

Y era en aquella noche dulce y bella
un concierto de ósculos y orquestas,
un rumor de suspiro y de querella

-12-

que deshojó el rosal de las florestas
bajo el mirar de una amorosa estrella.

Hizo estragos de amor galante riña
en la noche de seda de tus rizos,
y con mirada y con candor de niña
despertaste los mágicos hechizos
dormidos al calor de tu basquiña.

Te quise como quise al mundo entero;
como quise a los viejos y a los niños;
como quise a los lirios del sendero,
con fe de ascetas y pudor de armiños,
con un amor viril, fuerte y sincero.

Murió la Primavera cadenciosa
en una estival noche lujuriante
y agonizaba de dolor la rosa
al ver que abandonabas a tu amante
y te alejabas bella y donairosa.

Apuñalaste el corazón sincero
de quien fuiste la estrella y la fortuna,
y sin pesar ni llanto lastimero,
del Olvido me echaste en la laguna
sin grito y sin sollozo verdadero.

¿Y eres tú, infanta de la infame mueca,
la que ofrendaba besos voluptuosos

-13-

e hilaba hechizos en amable rueca?
¿Dónde están ya los días venturosos,
mujer vacía como estatua hueca?

Se han muerto ya, princesa de princesas
de todos los pictóricos estilos,

las flores del jardín de las promesas
crecidas bajo el palio de los tilos
y el otoño ha aventado sus pavesas.

Fue tu amor una sarta de falacias
de tu alma hecha de afeite y badulaque.
Escondiste taimada con audacias
tras la pompa del amplio miriñaque
las liviandades de las lises lacias.

Te alejaste una noche, donairosa,
con ritmo y con sonrisa singulares;
en tu seno se abría una gran rosa,
y en tu falda los locos farfalares
bailaban una danza tumultuosa.

La infamia era la rosa de tu pecho
que exhalaba un aroma de mentira;
la deshojé con rabia y con despecho,
y así engarcé en las cuerdas de mi lira
una flor mustia y un amor maltrecho.

Y Citerea besos triunfales
daba a la Noche que su manto abría

como la flor del loto en los canales,
y la luna en blancor de eucaristía
nevaba apoteosis de rosales.

1914

Psiquis

¡Dentro de unas noches te quedarás muerta!
Como las umbelas de los heliotropos
se ajarán tus senos de hermosura yerta,
y no tendré rimas, ni ritmos, ni tropos

para retratarte dormida en los copos

de tu albo reposo. Huirá tu alma incierta
libre por las crueles tijeras de Átropos.
Aullarán los canes rondando la puerta...

(La ojera morada cual flor de cantueso
y el nematelminto que nos monda el hueso
después de los besos de la última cita...)

Y luego un sollozo que oprime mi glotis
y una mariposa color de myosotis
ahogada en la concha del agua bendita.

1916

-[16]- -[17]-

La miseria

El Príncipe Sainete

Es soberano de la alegría,
de amores viejos, de galanía;
tiene de diablos un zaguanete
y cuando pasa cual leve brisa
todos le obsequian con franca risa
porque es el Príncipe Don Sainete.

Es una sombra que nos recuerda
galante vida que no fue cuerda
y que evocamos las almas solas
en abanicos de pastorelas,
en los retratos de las abuelas
y en las figuras de las consolas.

En borbotones de risa fresca
viste su grácil Musa diablesca
con la mantilla, con los caireles
y con la falda de medio paso,
y ambos le ponen a su Pegaso
una collera de cascabeles.

Es el que rinde marquesas locas;
muerde las fresas de bellas bocas

-18-

de las devotas de las Salesas;
todas le quieren, todas le admiran
y sonrientes todas le miran
desde los tronos de sus calesas.

Es Don Sainete prócer burlesco
y aunque muy noble, muy picaresco.
Desprecia el tedio, reta a la Muerte;
en su manteo siempre embozado,
Goya sublime le ha retratado
entre las sombras de un aguafuerte.

Cosas vulgares, cosas grotescas,
muecas estultas y pierrotescas,
que son las flores de tu tablado...
Con tus escenas hemos reído;
lo que tú dices lo hemos vivido;
lo que tú lloras lo hemos llorado.

Tu egregio padre fue Don Ramón
de la Cruz, genio que en su canción
puso desgaires y desparpajos,
y en sus escenas, sin par galanas,
cantó los ojos de las villanas
y las hazañas de nuestros majos.

Tu carcajada bella y jocunda
todo lo invade, todo lo inunda;
la vida seria te importa un bledo.
Tú siempre hieres, siempre desgarras;

-19-

has heredado las antiparras
que hace tres siglos usó Quevedo.

Tu agudo ingenio la vida traza
de nuestra sangre, de nuestra raza,
de nuestra pobre gloria perdida;
es el talento que se interesa
en el desnudo de una duquesa
como en los frescos de la Florida.

Eres la España frívola y loca
que con piropos siempre en la boca
-pero sin ansias de Prometeo-
iba a la zaga de las manolas

mientras volaban las Carmañolas
del otro lado del Pirineo.

Y con los jácaros, con los chisperos
tomaste todos los derroteros
en que dejamos nuestros tesoros;
mas conservando grata alegría,
siempre gozaba y en Dios creía
el feliz pueblo de pan y toros.

Y era aquel pueblo rudo y valiente;
eran leones de ardor latente
aunque fingían galán desmayo;
resucitaron glorias guerreras

y se batieron como unas fieras
en la jornada del Dos de Mayo...
. . . . . .
Cosas vulgares, cosas grotescas,
muecas estultas y pierrotescas
que son la flores de tu tablado...
Con tus escenas hemos reído;
lo que tú dices lo hemos vivido;
lo que tú lloras lo hemos llorado.

Las existencias ya desfloradas
mueven a llanto o a risotadas;
a nuestra pobre gloria perdida
la mordaz burla siempre acomete.
Más que tragedia siempre es sainete
ese sainete de nuestra vida.

1911

Princesa

Tiene su pelo raros destellos
cuando de noche sueña en los bancos;
es la que tiene los ojos bellos;
es la que tiene los dientes blancos.

Es juglaresa de las aldeas;

sus danzas cínicas son turbadoras;
tiene el encanto de las napeas
cuando el sol bruñe sus crenchas moras.

Es la que canta las barcarolas
y de las rondas saca dinero;
es la que baila las farandolas
al son latino de su pandero.

Es la morena que jocoseria
mira la vida como una injuria;
es la princesa de la Miseria;
es la princesa de la Lujuria.

Tiene un perfume sublime y raro
su piel de raso tostada y blonda;
tiene los ojos de un verde claro,
de un verde claro color de fronda.

La más hambrienta de las hermosas
huele a un aroma de cien jardines;
en vez de hebillas, lleva dos rosas,
dos frescas rosas en los chapines.

Es mi gitana fiel y divina;
es mi pantera, mi defensora;
la que mis males siempre adivina,
es mi sultana y es mi señora.

Es la más bella de las mujeres;
es la que cura mis sinsabores;
es la princesa de mis placeres;
es la princesa de mis dolores.

Pero es la esclava de mis antojos...
Tiene por lechos quicios y bancos.
Es la que tiene bellos los ojos;
es la que tiene los dientes blancos.

1914

Bebedor de ajenjo

Si siempre estoy ensayando
mi sonrisa amarga y triste,
es porque estoy esperando
a una mujer que no existe.

Víctima del desencanto
sufro martirios letales;
por eso adoro yo tanto
mis dichas artificiales.

Paraísos artificiales
que huyen del ruido y del sol...
¡Mis rimas son inmortales,
pues son hijas del alcohol!

Soy mísero y decadente;
en mi alma el Hastío muerde.
Por eso adora mi mente
los sueños del licor verde.

Licor venenoso y triste
que como un suave beleño,
un grato perfume diste
al cadáver de mi ensueño.

Licor que tiene el matiz
de unos ojos que yo amé,

y del tinte del tapiz
en que danzó Salomé.

(Ojos glaucos y perversos
que asesinasteis mi vida,
y le disteis a mis versos
fragancia de flor podrida.)

Turbio ajenjo sibilino
que tienes el sabor fuerte;
que harás de mi desatino
vestíbulo de la Muerte.

Cómplice de la locura,
mis hojas muertas no arranques,
licor que todo lo cura,
licor de color de estanques...

Si siempre estoy ensayando
mi sonrisa amarga y triste,
es porque estoy esperando
a una mujer que no existe.

1914
-25-

El tremedal

En la sala lijosa del burdel repugnante
hay un enorme gato que duerme en la tarima,
unos muebles muy sucios, un reló sollozante
y un cromo de la Virgen con una cruz encima.

Al amor del brasero, un conjunto gregario
de grofas se calienta las manos ateridas,
esas manos que ofrecen un beso mercenario
en las encrucijadas de las calles perdidas.

¡Oh, los dedos dormidos como sierpes hipnóticas
recibiendo los besos cordiales de la lumbre,
garfios siempre propicios en las noches caóticas
-como las pesadillas llenas de pesadumbre-
a invitar a una gorja de miseria y de olvido!

Una vieja buscona, solemne, ha removido
las ascuas rutilantes con la negra badila,
y en un rojo arabesco, cual reptil retorcido,
se ha reflejado el fuego sobre cada pupila.
En la ceniza pálida hay ojos de animales...
Brillan los tizoncillos cual granates tallados,
y trazan unas grecas de audaces espirales
como en los laberintos de los damasquinados.

Las pobres diaconisas de la carne alquilona
tienen el alma hueca y los párpados bajos;
-26-
de cuando en cuando estallan en risa retozona
sacudiendo a compás sus gayos calandrajos.

Dividida en dos crenchas, corta a media melena
todas peinan igual la mata de cabello
que nimba tristemente el mohín de la pena
en sus rostros sedientos de lo justo y lo bello.

Los límites sociales son ruecas de cristal;
los hilos que se rompen ya no se anudan nunca.
¡No han de ser más que sapos de hediondo tremedal
aquellas que han entrado en la negra espelunca!

Muestran las pantorrillas de alabastro poluto
enfundadas en medias azules o rosadas.
Las cabezas morenas fingen rosas de luto
y las rubias recuerdan las custodias sagradas.

Enseñan las hileras de dientes carcomidos
en una algarabía de carcajadas cínicas,
porque una ancila vieja narra los sucedidos
en los tristes presidios y en las cruentas clínicas.

¡Palidez atroz
de polvos de arroz
que la faz armiña
de la que hace puerta!
A una sombra incierta
los ojuelos guiña
-27-
con dengue de niña
y tinte de muerta.
Trina en el dintel
con siseo igual;
parece un cimbel
en un tremedal.

¡Triste Necesidad, manantial de injusticias,
para dar el joyel de la trilla en las eras
el agro necesita un beso de inmundicias!

¡Las floridas ciudades necesitan rameras!

Nacen en las negruzcas malditas madrigueras,
como crecen las rosas en un estercolero,
los hijos de las sucias vitandas carcaveras.
¡Espigas que han brotado en medio de un sendero!

Y esos niños contemplan un cuarto desabrido:
la colcha de percal que rameada y roja
cubre un lecho de hierro desquiciado y vencido...
La Miseria doliente que repugna y enoja
es la eterna nodriza que amamanta mil veces
a esas larvas nacidas bajo infandos cobijos.
Son sus primeras letras epígrafes soeces
que ennegrecen ventanas, tabiques y escondrijos.

Tiernos espectadores de los abrazos zurdos
en los enjalbegados aposentos ingratos;

oidores del choclear de los zapatos burdos,
de pendencias y bullas, zambras y malos tratos.

Al son del garlar vil de la escuela del vicio
se les briza la cuna en las alcobas frías.
Mientras el niño duerme la madre hace su oficio.
¡Rosas de lupanares, niños de mancebías,
vidas que serán necias, ladronas e intranquilas,
hijos de la canalla, hijos del vicio pobre,
niños de las manflotas que tienen las pupilas
redonditas y oscuras cual monedas de cobre!

¡Borrad las jerarquías innobles y rastreras;
cortad un día rojo esos sociales cánceres
que producen enfermos, mendigos y rameras!
¿Por qué las degollinas no las hacen los mánceres?

En la sala lijosa del burdel repugnante
hay un enorme gato que duerme en la tarima,
unos muebles muy sucios, un reló sollozante
y un cromo de la Virgen con una cruz encima.

Suena en el umbral
un silbo alarmante
-29-
como el de un cristal
que rasga un diamante.
Aburrida y yerta
la hembra de la puerta
da bajo el dintel
su siseo igual.
Parece un cimbel
en un tremedal.

1915
-30-

Manifestación de hambre

Un frío domingo antipático
vi un lijoso y doliente enjambre:
en un paseo aristocrático
una manifestación de hambre.

Fue en la Castellana elegante,
jardín de modas y arrumacos,
donde resuena extravagante
la sandez de los currutacos.

Pobres obreros miserables,
mujeres, ex-hombres gorkianos,
niños de faces espantables,
todos asidos de las manos,

formando sartas de miseria,
henchidos de un rencor de infierno.
¡Inanición, ira y laceria
entre la bruma de un invierno!

Cielo gris de un día holgazán,
ausencia de oro y de arrebol,
y gente huérfana de pan
en la ciudad viuda de sol.

La Castellana era aquel día
de famélicos peregrinos.

-31-

¡Escaparate de cursilería
de niñas bobas y sietemesinos!

El menestral de ojos de lumbre
fruncía el ceño en fuerte arruga,
y subía la muchedumbre
ondulante como una oruga.

Y la almibarada inconsciencia
mirábalos con repugnancia,
sin saber que era una advertencia
que hacía el Hambre a la Elegancia.

Puros perfiles de medallas,
damiselas de porte rico,
como mujeres de pantallas
o de países de abanico,

¿no os asustó en el sucio fango
la Multitud, plural vestiglo,
rosas de «tennis» y «te tango»
de la maceta de este siglo?

Orlas de nutrias y de encajes
tenía la mueca melancólica;
brillaba el raso de los trajes
como un esmalte de mayólica.

¡Rencor de plebe desgraciada,
que, tiritando con sus niños,
veía la carne aburguesada
bajo el calor de los armiños!

-32-

¡Burguesías, faunas asqueadas
de ver andrajos, tizne de hulla!
¡Rebaños que aman las bordadas
rosas de oro de una casulla!

Aristocracia contumaz,
¿te enseñará el social dolor
una guillotina voraz

una tarde de Termidor?

Vi en aquel domingo holgazán,
sin luces de oro y de arrebol,
a un pueblo huérfano de pan
en la ciudad viuda de sol.

Vi a un albacea de Jesús
destrozando la flor del Bien
y a Teresita Cabarrús
haciendo guiños a Tallien.

1916
-33-

La cojita de las injurias

El mediodía en la barriada pobre
prendía lentejuelas al andrajo
y, a toda luz, era color de cobre
el Madrid de la greña y del zancajo.

De cúpulas de iglesia realzada
la ciudad en sus perfiles recortados
parecía una hembra calcinada
que enseñase los senos abrasados.

¡Incandescencia de fulgores duros!
El astro en sus lumínicas lujurias
arrancaba luceros de los muros
en el hoyo que forman Las Injurias.

El tinte rubio de la purpurina
embadurnaba las casuchas hoscas,
y el parpadeo de la venturina
se destacaba en las paredes toscas.

Por una cuesta pina y pedregosa
una chiquilla coja y despeinada
bajaba como una grulla temblorosa.

En su muleta corta iba apoyada

como un náufrago a un remo redentor.
La pierna ausente parodiaba el palo.
(Para los que claudican con rencor
la vida es un sendero áspero y malo.)

-34-

Con un melindre de caricatura,
excitando el sollozo o el ludibrio,
bajaba aquella pobre criatura
haciendo maravillas de equilibrio.

Un gozquejo sarnoso la seguía
importunando su marcha acrobática;
temerosa la niña se evadía
con precisión perfecta y matemática.

Se deslizó por la pendiente gualda
igual que un saltamontes malherido.
El perro inmundo se enganchó a su falda
mordisqueando un volante descosido.

Y la mofa del can, triste e inicua,
hacía a la infeliz tambalearse.
Sobre los guijos de la cuesta oblicua
creí que la cojita iba a estrellarse.

Por fin llegó al final de la barranca,
a un africano aduar sucio e infecto
donde el proscrito duerme y se esparranca
con el dolor, el hambre y el insecto.

La cojera infantil era simbólica
en el barrio canalla y condenado
donde la carne enferma y melancólica
se revolcaba al sol rudo y dorado.

-35-

Cual la niña alegórica y tullida,
en las ocres viviendas requemadas
hay gentes que renquean por la Vida
bajo los mimos de sus dentelladas.

1916

La Salomé de San Martín

Ante una calle vil y escueta,
al núcleo de una encrucijada,
San Martín yergue su silueta
torpe, blanquizca y desconchada.

Como unas lenguas parlanchinas,
rompen sus címbalos volteantes
serenidades matutinas
con carrillones atronantes.

Incienso y cristianas congojas
llenan el templo de humo y voces.

Un eucalipto con las hojas
curvadas como verdes hoces
sobre el blanco muro del huerto
se alza ante un barrio podre y tuerto:
Burdeles y tabernas rojas.

En las losas los cayados repican.
Los nudosos mendigos, lacras del cáncer patrio,
plasmados, gimotean y suplican
bajo los perifollos y platerescos de un atrio.

Es un grupo de ciegos y tullidos
que, tras la oración, lanzan la blasfemia estrambótica
por sus belfos violáceos y torcidos
con un girar inútil de su turbia esclerótica.

A coro mosconean su salmodia
deseando peculio y salud a las beatas.
Tienen sus voces dejos de parodia.
La animosidad surca sus vidas poco gratas.
Es gente que maldice porque odia.

Frente al pórtico hay un puesto de flores
vernales. De los fétidos mantones y tabardos
se apagan los misérrimos hedores
con los blancos aromas de azucenas y nardos.

Quien más riñe, gruñe y charlatanea
es Salomé, mendiga engañosa, ciega y chata,
que se acurruca en su silla de anea
y enciende los coloquios, discute y disparata.

Su lenguaje es atroz como su facha.
Ama las libaciones con alcohol nauseabundo.
Es Salomé pintoresca y borracha.
Cuando ha bebido un poco, insulta a todo el mundo.

Pide con voz descontenta y sabática.
Un plato de latón se engarza en sus falanges.
Su fea faz rememora, hierática,
a los ídolos romos de los bordes del Ganges.

Esa mujer blasfema y despotrica
sumida en el castigo de sus tristes tinieblas;
en su ceguera el furor se fabrica
entre las azuladas aguardentosas nieblas.

En el bisel de una arista del muro
el astro-rey se estrella en un reló gnomónico.
¡De tu retina el destino es mas duro,
Salomé, ver no puedes el sol rubio y armónico!

La Miseria social se simboliza
en los denuestos acres que tu boca nos suelta.
La Materia se caricaturiza
en tus labios de esfinge y en tu nariz en delta.

De mirra y de incienso un bautismo
unge a los mortales que en coro
rezan con tierno misticismo.

Fingen constelaciones de oro,
sollozando su céreo lloro
los cirios del catolicismo.

El eucalipto entre sus hojas
curvadas, como verdes hoces,
muestra sangrientas manchas rojas.

Y se adormecen los feroces
dicterios de la mendicanta
que, bulliciosa y maldiciente,
nos emociona y nos espanta.
Y espera la hora de su fin
entre nieblas de aguardiente
la Salomé de San Martín.

1916
-39-

El Madrid de las rondas

Hay un Madrid que no tiene ni flores, ni fuentes, ni frondas.
Un Madrid paria y viudo. Sus acacias orondas
y sus olmos son muy pobre limosna para sus vías mondas.
¡Oh, Madrid de las rondas!

Madrid de los gasómetros redondos, cual grandes tambores.
Madrid de las esbeltas humeantes chimeneas.
Madrid de los obreros denegridos y trabajadores
y de las hembras feas.

Madrid de los alegres lavaderos. La carnal materia
se hacina en vergonzosos absurdos falansterios.
Madrid compendio de desdicha y hambre. Haz de la miseria
y de los cementerios.

¡Oh, Manzanares, al que motejaba de arroyo aprendiz
el buen Francisco Gómez de Quevedo y Villegas!
¡Ruin y estéril complemento del grato goyesco tapiz
que ni bañas ni riegas!

Dehesa de la Arganzuela. Primavera. Luz de esmeraldinas
praderas como aquellas de Patinir, divinas;
un manzano en flor contempla en las aguas azules, hialinas,
sus guedejas albinas.

Granja del Atanor toda de oro. Otoño dehiscente.
El follaje desgrana su ambarino abalorio.

-40-

Lleno de hojas-monedas parece el tazón de la fuente
plato de petitorio.

Suciedad, senectud. Fragmentos de mil ruinas herrumbrosas
tiradas en el polvo: la Ronda de Toledo.
Bajo el sol, juega al cané la canalla con cartas pringosas
sin zozobra ni miedo.

Bajo un convento y un Palacio Real la Ronda de Segovia
se arrodilla sumisa como una pobre novia.
Allí hay hambre. El hombre como un can aúlla en su hidrofobia.
La sed social agobia.

Allí se tuestan bajo el sol las chozas del pobre suburbio.
Allí están virtualmente la huelga y el disturbio.
Hierve en el pecho de sus habitantes un odio intenso y turbio.
¡Oh, rencor del suburbio!

Rudos brazos transforman la energía en útil trabajo.
Negras locomotoras jadean arrastrando
su gusano de acero y de madera. ¡Hombre del andrajo,
te redimes sudando!

Estación de las Pulgas, manufacturas, fábricas rojizas.
Las arterias fabriles laten con feroz pulso.
Los enigmas se rompen con volantes, hullas y cenizas,
con ciencia y con impulso.

Igual que flautas las máquinas silban. Como contrabajos
zumban roncas dínamos un sinfónico scherzo.

-41-

Es la gran orquesta de los armoniosos pujantes trabajos.
¡Sonata del esfuerzo!

Tras el tapial de un viejo camposanto se alzan con dolor,
negros, aciculares, con perfil neto y fuerte,
los siniestros cipreses que recuerdan al hombre en su labor
la Miseria y la Muerte.

1916
-42-

El lazarillo del cíclope

¡Can sumiso y acólito, como el can de Durero;
lazarillo cuadrúpedo, junto al Diablo y a la Muerte
conduciendo leal y fuerte
al Hombre en su sendero...!
¡Can sumiso y acólito, como el can de Durero!

Y este ciego mendigo de rostro rasurado
de procónsul de Roma, de trapense o de chalán,
sigue a su guía y guardián
porque Dios le ha cavado
dos profundos alvéolos en su rostro afeitado.

¡Este ibero de bronce golpeaba los yunques!
Ordeñaba los fuegos de bigornias siderúrgicas;
pero dos chispas quirúrgicas
aquietaron las mazas demiúrgicas
abrasando las córneas que alumbraban los yunques.

Cuando se nos extingue la vida cinemática,
el mundo es ya peor...
¡Insultan los fariseos
y faltan los cirineos!
En la noche antipática
solo un perro consuela la viudez cinemática.

¡Benditos sean los gozques, los caballos, los bueyes
que conducen los féretros, las carretas y los ciegos;
que del Bien tienen los fuegos
y no saben de éticas, purgatorios ni leyes!
¡Benditos sean los gozques, los caballos, los bueyes!

Esta bestia sagrada, ladrona y anarquista,
saquea las banastas mugrientas del mercado,
y los frutos que ella ha hurtado
nutren al pobre hambriento del festín de la vista.
¡Bestia facinerosa, sagrada y anarquista!

¡En atrios y conventos hay que gañir plegarias!
Robar es más valiente, más bello y más deleitoso
que la honradez y el reposo
en horas adversarias...
¡En atrios y conventos hay que gañir plegarias!

Nodriza de la inopia, furriel del pordiosero,
guarda entre sus mandíbulas las monedas sustraídas.
(Las gentes no son buenas, pero son distraídas.)
Codicia el can el dinero
y hace de los descuidos una hucha al pordiosero.

¡Discos nuncios del crimen y de las epidemias;
sucias piezas de cobre que llevas en la alcancía
de tu quijada bravía!
¡Hostias de las blasfemias,
discos nuncios del crimen y de las epidemias!

¡Te matará un imbécil -alguacil o perrero-
bestezuela cordial! Quedará el ciego tullido
de su órgano preferido
y solo en el sendero...
¡Te matará un imbécil -alguacil o perrero-!

Mientras tanto, prosigue. El cíclope vencido
ha menester tus claras retinas y tus dientes...
Camina en la calzada escueta y pedregosa
junto al Diablo y la Muerte, como el can de Durero.

La guerra

Nietzsche

Nietzsche, tu jerigonza parabólica
briosa flagelaba al mundo estulto;
de tu boca de morsa melancólica
fluían las centellas del insulto.

La vida es triste. Es un festín de heces.
Torpes cerebros sucios y rastreros
y en una apoteosis de sandeces
las hembras necias y los hombres hueros.

Eso dijiste, y esperaste el día
en que saliese un ser de la canalla
que cruzase el gran río en su almadía,
libre ya de los grillos o la tralla.

Pero tú que sabías que era el hombre
fiera indomable y detestable puente,
¿cómo soñaste que tu Superhombre
hallase limpia el agua de la fuente?

En los delirios de tu gran dolencia
arrojaste en metáforas galanas
centenos de egoísmos y violencia,
¡malas semillas en tierra alemana!

Sobre las mieses de tu verbo roto
pasó un cierzo de odio y de ludibrio;
se abrió tu alma como flor de loto
en las lagunas del desequilibrio.

Los sabios te miraron de reojo,
apóstol fiero de inconsciente brío;
les asustó tu manto por muy rojo
y tu mirada porque daba frío.

Daba frío a los tristes ateridos
que treman a un viril y recio soplo,
idólatras de dioses ya podridos
caídos bajo el filo del escoplo.

Pero tú te engañaste. La semilla
dio como frutos una guerra amarga;
en tu aurora la estrella ya no brilla
y en tu vergel la tempestad descarga.

Conciencias cojas y cerebros sucios
divorciaron la espada de la vaina.
¡Siguen los doctos de cabellos rucios
hartándose en festines de chanfaina!

-47-

La estolidez apaga toda lumbre,
la canalla servil todo lo frustra;
no llega el Hombre a la dorada cumbre,
ni a su Gran Mediodía Zaratustra.

Tu alma de belleza estaba llena
a la par que de absurdos reconcomios;
tu canto es ese canto que resuena
en los jardines de los manicomios.

1915
-48-

La última broma de Schopenhauer

A Schopenhauer, el huraño,
le hizo un epitafio barroco
en un cuento mordaz y extraño
Maupassant, aprendiz de loco.

Había muerto el profesor
avinagrado y pesimista;
guardaba su tez el livor
de unos reflejos amatista;

y en aquella cámara ardiente
lloraban por el corifeo
los discípulos del ingente
filósofo bilioso y feo.

Desvanecíase en sahumerio
de los espliegos la fragancia;
flotaba inquietante misterio
en el ambiente de la estancia.

Un joven a otro probaba
que de la vida el lapso es nimio.
¡Ya para siempre descansaba
Schopenhauer, cara de simio!

Mas el concurso estremeciose
con gran pavor, y no era en balde:
-49-
una sonrisa percibiose
en el difunto rostro jalde.

¿Resucitaba? ¿Sonreía?
Corrió un plural escalofrío.
El maestro la boca abría
con un gesto que daba frío.

Todos rompieron a tremar;
su pensamiento fue asaltado
por el caso de Valdemar
que Poe genial ha narrado.

Luego sintieron el crujir
de unas mandíbulas chirriantes;
¿tenían algo que decir
los muertos labios alarmantes?

De los mustios labios de Arturo
Schopenhauer brotó algo incierto:
un objeto rígido y duro
que rodó a los pies del gran muerto.

Los discípulos avanzaron
con gran temor y gran premura.
Yaciendo en el piso encontraron...
una postiza dentadura.

¡Oh, filósofo cejijunto,
maestro caduco de la zumba
-50-
que aprovechaste estar difunto
para una broma de ultratumba!

Maupassant que ganó la borla
de doctor en abracadabra,
pues vio una noche con el Horla
de Satán la pata de cabra,

sobre aquel docto cenotafio
dejó esa adelfa de amargor.
¡Fue un donoso y bello epitafio
al viejo erizo de Francfort!

Maupassant narró esta aventura;
Maupassant, dolorido y fuerte,
que fue al burdel de la Locura
a desposarse con la Muerte.

1915
-51-

Los estados mayores

Por la siena turbia de los mondos llanos,
sin gritos metálicos, sin voz de tambores,
van las cabalgatas de los soberanos
Estados Mayores.

Los grises capotes, los cascos bruñidos,
las caras de vieja de los mariscales
gotosos o hepáticos que lanzan gruñidos
breves y fatales...

Las gafas de oro de los comandantes
cercan los ojuelos verdosos y agudos;
brillan los monóculos de los ayudantes
que meditan mudos.

Fingen las espuelas luceros de oro
en la noche oscura de las medias botas;
los sables pronuncian un himno sonoro
de punzantes notas.

Se habla en un idioma de argucias complejas.
Lleva el polinomio el triunfo del fuerte.

Son las ecuaciones como las madejas
que urdirán la Muerte.

Del rito estratégico las palabras técnicas
-ataques en cuña, marchas envolventes-,
dichas con recuerdos de las Politécnicas
por los subtenientes...

-52-

Europa está herida. Hay sangre y destellos.
Por su inmensa llaga de rojos colores,
como unos gusanos ondulan los bellos
Estados Mayores.

Son tristes y trágicos. Dicen que son buenos
para dar victorias, tierras y cautivos.
No serán amables, pero por lo menos
son decorativos.

¿Qué importa el Decálogo ni la razón práctica
si pueden servir de tema a un artista?
Son rosas de luz los sabios en táctica
para un colorista.

En napoleónicas visiones antiguas
vuelve la epopeya que hace un siglo fue...
¿Por qué reaparecen esas estantiguas
que con una lupa pintó Meissonier?

1916

-[53]-
El esfuerzo

La tortuga del catolicismo

La cúpula del Escorial, bajo el bautismo
del agresivo sol que irrita, ciega y daña,
es el caparazón de hipocondría y saña
de la inmensa tortuga del catolicismo.

Tartamudea el esquilón en la espadaña...
Guarda el macizo templo que se agobia a sí mismo
el detestable gusto del jesuitismo
sobre el triste panteón de los reyes de España.

... Un inquisitorial esfuerzo de pigricia
de Felipe y de Herrera. La fe que ajusticia
le ha dado al Monasterio color de ictericia.

¡Siniestro galápago, grave, ocre y moroso,
simbolizas la fuerza estéril del coloso
que al encontrarse feo se torna bilioso!

1916
-54-

Las máximas de Epicteto

Besa la niebla de las madrugadas
de mis balcones el cristal;
solfea el reló cinco campanadas
como un arpegio digital.

¡Silencio matinal! Nada me turbe
salvo el ronco rodar de un coche
o un alegre cantar de gallos de urbe
dando extremaunción a la noche.

Leo en sartas de letras pequeñitas,
con ambiente callado y quieto,
por mi buen bisabuelo manuscritas
máximas del viejo Epicteto.

¡Marcha el sirio filósofo estoico
sobre sabia huella socrática!
Quiere su crátera en mi incendio heroico
verter la prudencia pragmática.

Ama mi carne el premio de los goces.
Ansía besos y riquezas.
¡Epicteto no ha de mellar las hoces

que emplear quiero en mis proezas!

Me detendré por la concha y la flor
y dejaré partir la nave.
-55-
No ha llegado a asustarme el dolor
ni a tentarme la vida suave,

y harto de dar saltos y piruetas
de saltimbanqui silogístico
iré a buscar las verdades secretas
en un mar violento y artístico,

y así me adueñaré del Universo,
sin podres teorías físicas;
así abrirán los dedos de mi verso
las rosas metafísicas.

Quiero raptar a la Helena troica
chorreando sangre melpoménica,
y enseñar a la escuela estoica
mi dolor de tragedia helénica.

El huir del Sufrir es ser cobarde.
¡Apréndelo, Prudencia mágica!
El Manual de Epicteto llega tarde.
¡Amo la vida recia y trágica!

En daguerreotipos y en miniaturas
se ríen mis antepasados
de que lea sus viejas escrituras:
¡Aventureros y desventurados!

A mi abuelo le brilla la capona
sobre casaca sanjuanista,
-56-
y su negra perilla desentona
sobre el corbatín de batista.

Vosotros, por la noche en vuestra alcoba
este amarillo libro que abro
escribisteis en mesas de caoba
a la luz de algún candelabro.

Pero nunca os domasteis a la horma

de la renunciación dogmática.
La aurora que nacía os dio la norma
de la gran existencia dramática.

Suenan los conventuales esquilones
y me dicen palideciendo
«Hasta mañana» las constelaciones.
El día nace sonriendo...

Borra el alba la noche alarmante,
como quien corrige una errata,
y en el cielo cabecea el menguante
como una góndola de plata.

1916

La Adonia de Rubén Darío

¡Los huérfanos gimen! Es que ha muerto el coloso
cantor de amor y de marcial trofeo.
Como murió el Adonis de perfil hermoso,
ha muerto Adonis el del rostro feo.

¡Maldita hermosura de la carne que es fatua
-del fruto podre vanidad de cáscara-
bella solo por ser modelo de la estatua!
¡Qué importa la hermosura de la máscara!

¡Malditas las cosas silenciosas y estáticas!
¡Maldito el charco-espejo de Narciso!
¡Bendición a las liras y a las flautas áticas
que estremecen las figuras del friso!

¡Maldición al verso que es de peltre y de talco!
¡Oro de gloria a Rubén en su Adonia!
Llantos y anémonas sobre el gran catafalco,
entre los nítidos fustes de Jonia.

Rizos de piedra, espiras, capitel jónico.
Volutas retorcidas cual zarcillos
que fueron molinetes de un puntero armónico
para los melódicos caramillos.

Helicoidal tirabuzón de caracolas
hecho en el blanco cabello del Paros
-58-
curva remedada de la egeas olas
de los flancos del mar zarcos y claros.

¡Rubén Darío, has muerto! ¡Rubén Darío,
de marfil y ébano tu lecho sea!
¡Besen airones de humo de mirra tu frío
cuerpo, dispuesto al connubio con Rhea!

¡Oh, Cibeles, que tienes collados por senos,
en ti la savia del mundo se encierra!
¡Para los muertos tus pechos están siempre llenos!
¡La última querida del hombre es la tierra!

En Nicaragua la hija de Telus te espera,
gran poeta de erótico prestigio;
serás grano de oro en su gran sementera.
Ella te amaba como al Atis frigio.

Atis, envidioso de verla tan fecunda,
con una piedra aguda se castró;
con su virilidad murió, y la coyunda
de su carroña a Rhea fecundó.

Y es que la Cópula y la Muerte son lo mismo:
eslabones casuales, altos nexos,
lucios lampadarios del sideral abismo.
¡Gloria a las Agonías y a los Sexos!

¡Gloria a las lúbricas metafísicas hambres
que redimen del lodo y del marasmo!
-59-
¡Gloria a las rosas negras de rojos estambres!
¡Gloria a la ciencia, hija del espasmo!

¡Muerte, madre de metamorfosis hermosas!

Cual vino a ser mariposa la oruga,
vendrá a ser sangre el rosal y la carne rosas.
La Materia Eterna siempre está en fuga.

¡Böcklin, Maeterlinck! Quien fornica se destruye,
y la Intrusa es potente y es lasciva;
el protoplasma muerto hacia otras formas huye,
y queda del Dolor la llaga viva.

¡Rubén, Rubén! Queda en carne viva mi lacra
ante el despojo de tu carne muerta.
¡Mas no lloro! Se dio a ti la Armonía sacra,
y hoy devuelves al Cosmos su alta oferta.

Rubén Darío, sol mítico y panteísta,
en el Gran Todo tu substancia fluye;
tu verso cadencioso, síntesis de artista,
entre las multitudes se diluye.

¡Morir no es morir! Es proteica mudanza.
De aspecto en aspecto transmigramos,
y con nuestros sollozos, la única esperanza,
el Devenir, la Muerte denigramos.

Como ante el Sol, hay que cantar ante los muertos
porque han ascendido unos tramos más
en la Infinita Escalinata. Están ciertos
de lo que hay del velo mayo detrás.

Rubén, no te lloro porque no te he perdido;
te canto, porque aún canta tu recuerdo
en mi alma de alumno. Tus versos he aprendido,
y porque te recuerdo no te pierdo.

Tu carne nutre el asfódelo del montículo;
la Vida todo lo ama y lo desmocha,
y silba la flauta de cañas de Janículo
los rotundos escolios de Spinoza.

1916

Junio

¡Bajo el cangrejo de estrellas se extasiarán las llanuras!
Hacen fecundas promesas a las campiñas los soles;
en los sidéreos trigales lucen espigas maduras
y en el agro hay una roja constelación de ababoles.

El guadañil que hace siega en matemáticas puras,
como Copérnico o Newton igual que dos girasoles
dirigirá sus pupilas hacia algebraicas lecturas
en los cielos recamados que giran cual facistoles.

Todo el misterio de Eleusis ondula en los amarillos
campos humildes al son de albogues y caramillos;
modulaciones gozosas de un hierofante jocundo.

Una oración balbucean los tartamudos cuclillos
y anaxagóricamente la glosan múltiples grillos...
¡Pasa un deleite de ciencia por la vagina del mundo!

1916
-62-

Nisus

Este noble deleite de sudar y esforzarme
para luego morir, sin querer recompensa...
Ebrio de dinamismo, no me disperso nunca.
Mi vida es simple y lineal.

He donado mis tierras; he quemado mis ropas.
Con mi mandil de cuero, en mi gruta, en mi fragua
martillando en el yunque, junto a una fresca fuente
puedo a mi gusto jadear.

Soy más casto que el gneis. Agonizó la Amada.
Un enjambre de avispas acribilló sus senos
como manzanas núbiles. Me libré del castigo
del Sexo estúpido y cruel.

Desprecio las contiendas de Ahrimán y de Ormuz
y los considerandos del Gran Juicio Final,
las leyes del Areópago y de la soldadesca

y los Dioses borrosos...

Le he arrancado ya todos los denominadores
a la ecuación del mundo. Idéntico y sencillo
en mi labor penosa de terco Demiurgo
encuentro mi finalidad.

Contra el tremendo espanto de presumir los noúmenos
golpeo los fenómenos, machaco la apariencia;
cada diástole mía es una gran plegaria
de rebeldía y voluntad.

1917

-[63]-

Mujeres muertas42

¡Mujeres muertas en Málaga
por el filo del sable servidor de las borlas
y los dorados galones
de la amable fuerza armada!

¡Oh víctimas del encono
del inepto pretor! ¡Mujeres de Alicante
que por unción final tenéis
la ira negra del tricornio!

Mujeres pidiendo pan...
¡Estrellas matutinas de sus blancos hogares;
tallos humildes y honestos
tronchados por pie brutal!

Los toscos cascos equinos
destrozaron las chambras, malhirieron las carnes...
El orden necio y gregario
así fue restablecido.

-64-

Mujeres, ya no sois nada,
sino andrajos de carne en el bruñido asfalto...
sois bajo la lútea lluvia

como antorchas apagadas...

¿Qué pidió vuestro coraje,
hembras ajusticiadas, que tan rudo castigo
cercenó con vuestras vidas
la manifestación de hambre?

¿Fue tan solo la protesta
contra el vil latrocinio que arrebata el pan bazo
de la boca del bracero
motivo de tal fiereza?

El hambre de la venganza
se unirá al vilipendio y a la cruel inanición...
Al fin, mellará los filos
el pueblo con justa saña.

Santas de España, famélicas,
pobres. Desde el pretil de mi piedad las miro
como si entre ellas, difunta,
mi propia madre estuviera.

Lloro ante su último aliento
como si hubieran sido mis nodrizas del alma
y en mi niñez, generosas,
me hubieran dado sus pechos.

-[65]-
El paraíso desdeñado
(1928)

A una sombra amada
-[66]- -[67]-

- I -

Hay un muchacho que mama

detrás de cualquier pezón.
Dicen que el alma es su ama;
él es bejín y tragón.

Papillas de creación
pronto le destetarán:
la Vía Láctea -biberón-,
el sol -corteza de pan.

Un silencio. Un calderón.
En la cuna de mi pecho
llora el niño Corazón.
¿Qué le has hecho?
¿Qué le has hecho?

- V -

Otoño

La desmayada limosna de oro
que en los espejos de agua desliza
suena en cada hoja con la voz de un coro...
En los estanques del alma estiliza

unas elipses y un ritmo canoro
ese temblor que los líquidos riza...
Lo irremediable canta su desdoro
al desdichado jardín que agoniza.

Despierta el plectro de algún episodio
una congoja de entre las serenas
cuerdas de lira que imitan las ramas

medio desnudas por cierzos de odio,
porque no siendo cenizas y penas
apenas dejan herencia las llamas.

- IX -

Lectura

Corazón mío, no te exaltes.
Fija los ojos en el libro;
mira las gráciles letras, en la celulosa,
como las momias en los siglos.

Olvida el canto y la medalla.
(El rizo olía a miel de otoño.)
Aún le han de crecer al libro muchas yemas cuando
estés perdido en el reposo.

Todo será para la cifra.
Han de cifrarse tus latidos,
y han de ser piedras, como las que descansan
en las meditaciones de los ríos.

- X -

«Yo ya he dejado a mi madre,
a mi sierra pura y blanca,
con neveros en las sienes
y con la sonrisa pálida,
por ir a la mar gozosa,
a la mar, novia salada.»
El río me lo decía;
el río galán, que marcha
sin escuchar los lamentos
de la serranía anciana,
su madre, a quien los sollozos
dejan la faz arrugada.
Y yo veía mis dudas
que en la limpidez temblaban,
y yo sentía mis penas
ahogarse en su risa clara.
Iba yo en contra del río,
con rumbo opuesto al del agua,
a remontarme a mi sierra
ceñuda, mas buena y santa.
Torrenteras y canchales,
arrugas de años y lágrimas
en las mejillas de piedra,
de sol y de aire doradas.
Huía yo, a mi pesar,
de lo que el río buscaba:

de sonrisas de coral
y trenzas de rubias algas;
de los nudillos de perlas,
de los tobillos de nácar.

-71-

Marchando contra corriente
dejé a la mar a mi espalda,
porque así me lo exigía
el amor a mis montañas;
pero pensaba en la sal
de mis bodas en la playa
y en los amantes suspiros
del caracol de las almas.
Yo era ingrato e infeliz,
pues mi dicha abandonaba,
pero el río descastado,
mal hijo, al correr, cantaba:
«Yo ya he dejado a mi madre
con la cabeza nevada,
con sus glaciares de llanto
y con sus caricias ásperas
por ir a la mar hermosa,
a la mar, novia salada».

-72-

- XIV -

Yo tuve un alba y una alondra
que me sacó pepitas de oro
del claro río de la luz sonora,
del río de mi gozo;

y yo las fui juntando todas
sin afán de lucro ni adorno.
Mas cada noche sin dormir me roba
parte de mi tesoro,

y las tinieblas, aun con rosas,
más que fragancia son agobio.
Se me secó mi manantial de aurora,
aunque lloran mis ojos.

-73-

- XVI -

Vuela un aroma de membrillos rubios,
ropa recién planchada y cera virgen.
El comedor de luz está inundado
como una perla. Espejeantes, gimen
las suaves tablas bajo el sol de otoño.
(Entarimado, copiador de imágenes,
que hueles a mastranzo, ¿por qué sufres
de mis pies y estas sillas los vejámenes?)
He trabajado tanto que no gozo
de esta anodina paz como debiera...
¡Y vine ayer! Lamento haber dejado
el rudo trajinar de mis tareas.
Son mis sentidos destetados niños
del rumor del barullo de la fábrica
donde jadean los bruñidos émbolos
en la gimnasia sueca de las máquinas.

¡Sabe tan bien yantar, viendo las copas
insenescentes de los frescos pinos,
cuando agoniza todo en este octubre,
y testan los caducos y amarillos
abuelos de los bosques!...
Las cornejas
cruzan, graznantes, en bandada oscura
el cielo azul, de una azulez de piedra
preciosa y abundante.
-¿A qué has venido?
-dice una voz acompasada y triste.
-A verla sólo, a verla con mis ojos.
-¿Sabes, acaso, si en la casa aún vive?

-Yo no sé nada, resucito ahora.
No sé dónde he pasado tanto tiempo.

Y reconozco al sonriente hermano,
aunque la luz se cierne por su cuerpo.
-Tras esa calle que enamora y ciñe
la pobre iglesia de campanas de oro
-me anuncia, sin dolor y sin reproche-
la encontrarás feliz en su reposo.
Gusta buscar las flores del olvido,
porque ella es brisa, sol, efluvio, orvallo;
en los campos benditos, amor puro:
lo que de ella en el mundo tú has dejado.
-¿No la podré ver ya? ¿Me está prohibido
en su perfil gentil cercar mi espíritu?
¿Dónde estará el capullo de su risa?
-Entre los llantos de los eucaliptus.
La abandonaste, y, sin embargo, estuvo
siempre a tu lado. Recorrió las tierras,
los anchos mares y los limpios cielos,
y así jamás te atormentó su ausencia.

Sus alas de ángel extendió al sendero
de las veletas mohosas y los nidos;
no trajo nunca su sandalia polvo
sino del polen de los mozos pinos.
-¿Y ahora, dónde se halla, muerta o viva?
-en mi fervor contrito he preguntado-.
¿Qué pétalo, en la rosa de los vientos,
al desleírse, prefirió su paso?
-Fue a tus manteles y a tu cabecera,
en su increíble diligencia tácita,
a decantar tu vino de sus heces,
a desfruncir los pliegues de tu almohada.

De Profundis

Recordarán los cirios el panal y el enjambre;
las cuatro tablas toscas, más que la fruta, el nido;
y los paños con orla de oro -adusto estambre-
el esquileo que endulzó el balido.

Permaneceré inmóvil, desconcertante, extraño,
con la frente de lodo, con los labios de cera,
con el pelo, reliquia de fuga, de rebaño...
Fui carnero, pardal, melera obrera.

Y en mi ya papandujo párpado, una moscarda
desleirá las sales de mi emoción final,
y en la órbita de vidrio irá su trompa parda
a extraer sangre de mi lagrimal.

Y yo tendré una suave sonrisa de fracaso
o una mueca ridícula, difícil de entender.
Capucha de buriel más que almohadón de raso
para mi seca nuca he de obtener.

Entre un dolor de madre o de hija, la pamema
de brujas sollozantes y de hipócritas gordos,
querrá ir por los meandros de la rubia postema
a mis oídos, que quedarán sordos

por unos cuantos siglos: (El mal tiene remedio).
Alguien devolverá el entusiasmo vívido,
la risa y el vigor -¿sin pena ya y sin tedio?-
a ese muñeco absurdo, verde y lívido.

-76-

Por entonces, y en tanto, esta existencia parva
se irá esfumando en ecos débiles y confusos
al fermentar el cuerpo, al prosperar la larva
que medrará en ejércitos profusos

excavando en la tierra carnal, con ansias crueles,
la arquitectura de esta basílica sutil:
hornacinas de huesos, calcáreos botareles,
aéreos arbotantes de marfil.

Pero solo será una embustera ruina,
la del «Requiescat in pace per omnia secula
seculorum. Amén». Ni duerme ni declina
un oculto fervor de la molécula

y las últimas fibras, los átomos minúsculos
te recordarán siempre, emperatriz del orbe,
en su turbia conciencia, ahíta de crepúsculos,
sin que a mi pleno amor la muerte estorbe.

La osamenta buida y los densos redaños,
lo humilde y desdeñado por nuestras ambiciones
también gozó los gozos, también sufrió los daños,
feudos del tropo de los corazones.

¡Ay, mañanita humana, rubia, alegre y doncella,
medrosa de su voz, púdica de la luz,
más blanca que la leche que se cuaja en la encella,
invisible y sin sombra en el trasluz!

-77-

¡Reina de las auroras que ensartaban los píos
de las aves -burbujas- en sus hebras de sol;
aldeana a quien besaron los pies vientos y ríos
y el mar cantó en purpúreo caracol!

¡Sonrisa, aliento, carne de las antiguas diosas
que llenaron el cielo de dulce humanidad,
y al destrenzarse la húmeda mata de nebulosas
inundaron la tierra en claridad!

¡Sartas de perlas, rayos del oro de los nimbos
de campesinas santas que se fueron en pos

de la ejemplaridad, lucero de sus limbos,
de la Virgen encinta de mi Dios!

Y todo en un mohín, todo en un ademán,
en un correr de nube, en un rumor de espuma,
en un cerrar y abrir de ojos que tendrán
presos en la conciencia de su bruma,

mis pequeñas partículas, mis simples elementos,
los individuos últimos componentes del ser
que aun siendo en numerosos cataclismos violentos
hilos y lanzaderas, al tejer

Dios otros mundos jóvenes, no han de olvidar jamás
el arco de tu boca, la gracia de tus manos,
tus iris verdijaldes y morados quizás,
bajo las cejas, cercos albazanos.

Podrá mi podredumbre ir en la polvareda
del tiempo y de la historia, ser hebra de pelusa
en un olvido humano, pero tu imagen queda
en la evocación pálida y confusa

de los pobres corpúsculos, tenues e indivisibles,
que un día corearon con voces de orfeón
mis instantes de angustia, mis penas indecibles,
mis himnos de arrebato y emoción.

Podrán los restos míos ser en los tejaroces
brizna de jaramago o esquirla en argamasa,
arena en las sandalias de bárbaros feroces,
telarañas del techo de mi casa.

Pero no habrá destino, tarea ni misión,
en el trajín diverso del afán y el conato
mejor que la obediencia a mi fiel corazón
que latía por dar con el mandato

de las bruscas zozobras y las palpitaciones
la gloria del amor por ti, encanto concreto,
pasión que tras mi suerte recogerá en porciones
la tierra que me deje en esqueleto.

Sin que viva ni vea, sin que aliente ni toque

las hojas de mi árbol tu fuente colmarán.
Querrán ser lo que eres, con temblor de alboroque,
como aspiran a Dios luz, vino y pan.

-79-

Mi cuerpo será tuyo durante mil centurias,
destrizado en las muelas de la transformación
y no habrá afinidades, impulsos ni lujurias
que distraigan la eterna devoción

de mis átomos fieles a tus líneas, perfiles,
sonrisas o miradas, estarcidos y normas
que volverán el dócil rebaño a los rediles
del abrigo o majada de tus formas.

Y yo, hecho gusanera, escoria, barro y pus,
aspiraré en la muerte a Ti, sola ambición,
hasta que en un santo día las manos de Jesús
abran mi pascua de resurrección.

Cuando tras las cosechas de oscuros milenarios,
se cumpla la implacable profecía de Juan,
y entre ángeles sañudos y, otros, turiferarios,
llegue la hora del premio o del desmán;

cuando el fatal golpe de los cuatro corceles
terribles: negro, blanco, amarillo y bermejo
enrede entre las plagas de sus crines crueles
al desmedrado mundo, triste y viejo;

cuando las epidemias, cuando los descalabros
destruyan las ciudades rameras y malditas,
vendrá Él, con siete estrellas y siete candelabros,
a liberar las almas de sus cuitas;

-80-

cuando al Juicio Final en sus nítidas hopas
nos requieran siete ángeles con sus siete trompetas,
y la celeste cólera, vertida en siete copas,
salve virtud, bondad, ternura, escuetas,

se ahogarán los protervos en los ardientes lagos
donde han de consumirse la muerte y el infierno
y entre aire de catástrofes y humareda de estragos
alma y carne han de unirse en lazo eterno.

¿Qué será de mi ánima? ¿Qué será de la tuya
en el turbio relente del Universo anciano,
cuando el Primero y Último devuelva, restituya
la vida al pensamiento y a la mano?

Los trillones de granos de la espiga sexual
habrán pasado ya por millones de harneros,
cedazos y tamices, por la aceña lustral,
por la pala solar de los horneros.

La materia que pace en los prados del mundo,
rebaño de moléculas disperso en su destino,
cuando suene el acorde triunfante y tremebundo,
irá por la cañada y el hocino

buscando en la querencia de la áurea melodía,
que en el postrer ocaso su ardimiento desfogue
ese refugio adonde la égloga, en humo, guía
con la llama sonora del albogue;

y cuando esa zampoña que taña el Buen Pastor
haga que tanta oveja salve torrente y risco,
la piara de mi carne -leche y lana de amor-
ha de tomar Tu Forma por aprisco.

¡Hierba del sentimiento en los pastos del alma,
purpúreas cabezuelas, doradas margaritas,
emociones del campo, delicias de la calma,
impaciencias de alarma y de citas!

Alcanzaré tu espíritu siguiendo tus contornos,
imitando tus líneas, tu grácil gentileza,
y mi sangre y mis huesos gozarán los sobornos
de la renovación de tu belleza.

La colmena que guarda la cera del panal,
el prisma del panal que recibe la miel
tienen su geometría hospitalaria, tal
que de ella es la dulzura sierva fiel;

y la baja inmundicia que renace en las rosas
va por veredas fijas al máximo esplendor
y se sujeta siempre a rayas imperiosas,
caminos del aroma y del color.

Como del claro río el vuelo de libélulas,
está muy cerca el alma del rasgo y del perfil,
yo me haré Tú por franca vocación de mis células
que encontrarán en Ti el mejor redil.

-82-

Yo daré mis entrañas a tu reencarnación,
cual la fauna al esquema del celeste sobaco;
ser abajo carnero, toro, pez, escorpión,
arriba, luz de estrella, en el Zodiaco.

En ese revivir te sentirás amada,
lograrás lo que ahora no has podido tener,
impregnado el deseo, la pasión inundada,
sin ayuda de pena ni placer.

Gozarás para siempre la posesión bendita
en la maceración de la felicidad;
mi amor estará en ti, en la ruta infinita,
en la sonrisa de la eternidad.

¿Y qué será de mi alma si mi cuerpo se ofrece
a sustentar la gracia de tu resurrección?
Si me infundo en tu ser, que mi ruina merece,
¿querrás tú, en cambio, darme salvación?

Si niegas entregarme, no para mi lascivia,
no para mi deleite, sino para mi esencia,
tu regazo florido y tu cadera tibia,
tu desamor será mi penitencia.

Si el coral de tus labios, si el nácar de tu frente,
si tus manos de lirio, si tu talle de palma
no quieren ser fealdad de mi forma indigente,
si no quieren ser carne de mi alma,

-83-

Mi Yo se habrá perdido, se habrá descabalado
en el azar de un trueque, en una contingencia,
abolido del mundo, de la gloria borrado
por este ardor que extingue la existencia.

Y si no han de trabarse, enteros e inconsútiles,
tu carne olvidadiza y mi alma desdichada

frente a la eterna vida se perderán inútiles,
en la sombra melliza de la nada.

LAUS DEO

-[84]- -[85]-

Mitos
(1930)

-[86]- -[87]-

Dedicatoria

A don Ramón del Valle-Inclán

EL ADOLESCENTE apoyó el botón del timbre, decidido, aunque emocionado. Usted vivía entonces en la calle de Francisco Rojas, núm. 5. Era el 19 de marzo de 1914. El audaz mozalbete postulaba de los escritores de más dilecta lectura, sin conocerlos personalmente, un original o refrito literario para una párvula revista de música, harto oscura y menesterosa para remunerar a tales colaboradores. «No vayas a casa de Valle-Inclán. Es un hombre altanero, intratable, irascible. Te arrojará por las escaleras», le advirtieron sus camaradas.

Pero dieciocho años no saben arredrarse. La puerta se abrió. «Don Ramón está en la cama», le dijeron. Hasta entonces no había tenido conciencia de lo intempestivo de la hora. Las once de la mañana. «Volveré», respondió el mozo, con ansia de huir para siempre. Apareció una dama rubia, y dijo: «No. Espere». Él entregó una tarjeta. Sentía miedo, como si fuera a examinarse. La mañana, de fin de invierno, fina y pálida, jugaba sus mejores bazas con los naipes grises o cremosos de los planos de las paredes. Usted, don Ramón, quizá no recuerde la visita; pero recordará, sin duda, que por aquella época ebanistas y tapiceros trabajaban en su domicilio. Los floripondios de las telas, el martilleo en los menudos clavos, distrajeron al tímido-osado, que pensaba: «¿Cómo y cuándo me recibirá el autor de La marquesa Rosalinda? ¿Mañana? ¿La semana que viene? ¿Cuántas veces habré de volver?». Oyó una voz que decía: «Haga el favor de pasar». Entró en la alcoba.

Sobre los linos del lecho aparecía una cabeza rapada, un perfil profético de amplias y oscuras barbas. El escritor, con su mano única, le indicó un asiento junto a su cama. «Charlaremos», dijo sin ningún empacho o contrariedad. Entonces el joven, con menor vacilación de lo que presumiera, expuso su petulante pretensión: conseguir gratuitamente un original. Observó que el hombre yacente y apostólico sonreía a las palabras, a los conceptos, a la pompa significativa del verbo. Tenía el profeta una sonrisa peculiar y maravillada, -88- pueril, de niño que ve romperse unas pompas de jabón. Mandó sacar unas carteras. Leyó varios trozos de lo que fue después La lámpara maravillosa. El sentido de los vocablos adquiría una nueva eficacia en su pronunciación, y la música oral alcanzaba ese límite semántico que los términos adquieren cuando van aleados al calor de la pasión y de la vida de una voz, aunque sean ininteligibles o desconocidos, como aconteció en la predicación de la primera cruzada por san Bernardo. Al terminar, dijo, sencillamente: «Escoja usted de estos fragmentos el que más le guste, para su revista».

Después, el incendio ideal cundió, ávido, por el espíritu del escritor, y con amplio gesto mímico y mnémico abarcó el alma atormentada y espléndida de la Alejandría del tercer y

cuarto siglo de nuestra era. Los prodigios de Simón y de Apolonio. El sedimento de Zoroastro en la gnosis. El germen de la Cábala. El prurito de conciliar la física del Timeo y la metafísica del Parménides con la física y la metafísica estagiritas. El nacimiento de la hipóstasis, de las trinidades desde Plotino hasta Damascio. El joven escuchó, maravillado, más de una hora.

Después, usted le preguntó si hacía versos, si sentía vocación literaria. «Sí», respondió. Y usted le advirtió: «No tenga demasiada prisa. En las letras no hay niños prodigio. Ese fenómeno no se produce más que en las matemáticas y en la música. En este ejercicio nuestro la experiencia es larga, mortificante y morosa. Lea mucho y, sobre todo, viva». Le tendió su única mano y él al estrechársela, dijo: «No olvidaré nunca el día de hoy».

Aquel joven, casi niño, que tanto se asemejaba al monacillo del Entierro del conde de Orgaz, desde aquella mañana de invierno, casi de primavera, ha aprovechado poco de aquella inicial y generosa enseñanza. Se ha engolosinado, con exceso, en la larga y sabrosa experiencia que usted preconizaba. Ha vivido, ha amado, ha sufrido, ha delinquido y ha estudiado inclusive algunos libros deleitosos y maravillosamente inútiles. Apenas tiene en su haber espiritual otros méritos que los que encierren los poemas contenidos en el presente libro. Si la lección de usted fue bella, no es, ciertamente, por los resultados.

Desde aquel día, si nuestro trato no ha sido muy asiduo, nuestra amistad ha sido inquebrantable. Al fin y al cabo usted me la otorgó cuando yo era rey de un imperio maravilloso: el de las nociones recientes e inaugurales de la novia y el verso, el beso y la rosa. Creo que ha llegado el momento de publicar el significado y valor de nuestra primera entrevista y, si he aguardado tantos años, ha sido por no tener caudal suficiente con que poder cancelar la deuda de su liberal acogida.

Preveo que no faltará el infame lameplatos que califique de adulación esta dedicatoria. En efecto, usted está en el ápice de la gloria literaria; yo no he conseguido salir de la oscuridad y del anónimo; pero igualmente pobres y análogamente orgullosos, podemos dialogar e intercambiar nuestros productos, hoy como hace quince años. Ni usted expide títulos ni expende patentes de pimpollo poético, ni yo aspiro con este libro a ganar una de las credenciales literarias que tanto se apetecen en estos tiempos y por las que tantas cabriolas se dibujan.

Ahora, unas palabras sobre los propósitos estéticos de esta colección. Creo que la imagen, átomo poético para la literatura joven, no puede ni debe considerarse como algo sustantivamente inerte. La imagen es solo el signo de un acontecimiento, de un proceso, de un desarrollo con objeto y finalidad propios. Creo que a la imagen es menester sustituir el mito de la cual es señal, símbolo y, a veces, solo emblema. El mundo antiguo así lo concibió, y a su sentir y pensar me adhiero. No es desdén por la imagen como anillo de boda de dos ideas o de dos diseños; pero ella es al mito lo que el anillo de boda es al amor de los esposos. Y yo prefiero divagar sobre ese amor a contar los quilates de la sortija. No es mi propósito extenderme en la justificación psicológica de la formación interna de la metáfora, sino demostrar que las metáforas no se quedan en esqueleto verbal o en momia imaginativa. Cobran existencia y viven su vida. Estos mitos son un intento, no de reproducir su génesis psicológica en mí, ni de volver a la poesía episódica que condenaron sin saber por qué los arrieros, sacristanes y horteras de nuestras vanguardias, desde 1918 hasta hoy, sino el prurito de bosquejar un resumen de la vida, pasión y muerte de ciertas imágenes.

Ahí va, pues, señor y amigo, este manojo de versos hacia su única mano, ofrecida a mi timidez y a mi deslumbramiento por vez primera, cuando yo era casi un niño, el 19 de marzo de 1914, precisamente.

24 de noviembre, 1929

-[90]- -[91]-

I. Celajes, pavesas, espumas

Mi amante, la nube

No, señor. A esos dos hombres que usted no calla
nunca debe alcanzar la sospecha procaz;
no es mi amante la moza del perfil de medalla
ni la niña que tiene los ojitos de agraz.

Más alto está mi amada. Mi amante es una nube
de esas que bogan plácidas, gigantescas y orondas
por el cielo de añil, donde ágil, baja y sube
sin pesarle las carnes, enormes y redondas.

De noche alguna estrella se prende a su cachaza;
tiene auroras de nácar, tristezas de ceniza;
es gruesa y se creería, por su opulenta traza,
que es infanta golosa, abadesa o nodriza.

Ya me han dicho las gentes: «¡Es mucha amante!». Cierto.
También es grande el mundo para vivir en él.
Mas como no he nacido para cuña de injerto
no me avengo al mantillo de este triste plantel.

-92-

Detesto las raíces, la constancia, el apego.
Me llevan al velero o a la yegua cuatralba
las sonrisas del mar, las pavesas del fuego,
los vilanos de otoño, los mosquitos del alba.

Por eso amo a mi nube. No os extrañéis que afronte
vuestro escarnio si afirmo: No hay placer como verla
cuando alegran el duro perfil del horizonte
su regazo de rosas y su espalda de perla.

¡Qué bien contemplo el mundo con mi pasión de altura!
Me halaga ver tan solo de mis contemporáneos
cómo ocultan la calva, la crencha o la tonsura
el común y perfecto vacío de los cráneos.

Diré a vuestros reparos que son impertinentes,

que no hay misantropía en mi alta veleidad;
por lo bajas que están las cosas y las gentes
cuando llueve, lloramos ella y yo, en la ciudad.

Mediamos de agua el sol del vergel y el trigal,
y al olivar de argento y a la joyante huerta
ungimos con los crismas del sol sacramental.
Por su alegría ausente y su hermosura muerta

enviamos nuestro pésame a las urbes cobardes
con el papel de luto de un vuelo de picazas
y la rubia limosna del oro de las tardes
a los enarenados panderos de las plazas.

Sabed, que cerca de ella, os protejo y escudo
de las raras tormentas de sus malos deseos;
-93-
de que no abrase el rayo el alcázar moñudo
ni chamusque las cúpulas, calados solideos.

Se sustraerá mi cuerpo a terrón, flor o brizna
el día en que la muerte nos separe a los dos,
pues mi viuda celeste, llorando su llovizna,
me subirá en sus brazos hasta el amor de Dios.

Mientras tanto, mi nube arrastra mi deseo
y mi alma por los cielos y yo hago gran desaire
a la sórdida tierra y al fácil devaneo
con la embriaguez sonora que da el azul del aire.

Hálitos de poleo, de lavándula y sándalo
nos envían los campos, al quitarles la luz,
mas sin sol, y humillada por nuestro amor de escándalo,
la ciudad se persigna con sus calles en cruz.

-[94]- -[95]-

II. Dafnis y Cloe

- I -

La casa mala

Iban a una de esas...
Iban a una casa mala.

Rey de la vida era el mozo;
la niña, casi una santa.

Nunca les viera entrar nadie,
no les sorprendió mirada,

¿qué osado sospecharía
que por el balcón entraran?

Cuando de la casa huyen,
unas mariposas blancas

de oro tornan los balaustres
y florecen las persianas.

En los besos de sus citas
todo llevan en volandas.

Se alzan con vida los seres
que en toda cosa descansan:

libélulas de la colcha,
moscas de las porcelanas,

enjambres del arambel,
cigüeñas de las pantallas.

Zapatitos que eran élitros,
estuches de seda de alas,

¿qué veleta saltó un punto
a aquella media dorada?

Nieve y noche de los vuelos
¿qué primavera anunciabais,

golondrinas de charol
junto al friso de la cama?

- IV -

Luna de miel

Colmena del alma mía,
colmena de atardecer;
tu luna, que era de cera,
por la mañana es de miel.

Ópalos. Añil.
Nácar en rebaños.
Alba. Abril.

Azulea ya la alcoba
de incienso de madrugada.
En la pantalla de china
hay doce abejas, grabadas.

La luna, lunera,
volviose amarilla.
¡Ay, qué pena!...

Bruñe la luz de la lámpara
la caoba del lecho, rubia;
sueñan con el despertar
las dos cabecitas juntas.

Seis de la mañana,
peinado de nube,
viaje de alga.

Suena un rumor de colmena
o de aliento de ventura.

La abeja del corazón
saca su miel de la luna.

Despeina las nubes

otra vez, lunita,
rompe-azules.

Solo el vuelo de un suspiro
en el silencio en flor, liba.
No hay amor como el primero
ni sueño como la vida.

¿Va a dar el reloj
o es ruido de besos?
No. ¡Por Dios!

La luna da más dulzura
que el oro de las aliagas,
luna del amanecer
de miel y cera sin llamas.

- V -

Bólido

De amor se morían,
de pena y de ansia.
¡No se habían visto
en una semana!

La fuerza del mundo
sus labios guardaban,
deseo infinito
de noche estrellada.

¡Pálido mancebo,
celeste zagala,
dierais por besaros
la vida y el alma!

No fue un beso. Fue una
explosión tan rara
que despertó a toda
la urbe adormilada.

Su estruendo de música
tuvo eco de llamas.
¡No quedó un cristal
en una ventana!

¡Ay, cristalerías
gemelas del agua;
acequias de luces
que el paso vedabais!

-100-

Entraban los ángeles
en todas las casas,
con alas de aurora,
con veste de auras.

-[101]-

III. Galatea

- IV -

La castidad

En mi jardín desnudo hay un mármol de invierno,
un bloque de abstracciones, de limpieza y de paz;
la escarcha de los astros ha hecho un glaciar eterno
que siente cómo fluye la centuria fugaz.

Esta alma ha presenciado brotar del curvo y tierno
vientre de las edades la cosecha feraz
que en las cunas geológicas ha derramado el cuerno
de toda la abundancia de que el mundo es capaz.

Esta carne de piedra, esta estatua viviente
ama los camafeos y los acantilados,
hermanos de conciencia primitiva y durmiente

que carecen de sexo y viven adecuados
a la ruina del globo que va, desfalleciente,
a dejarnos a todos como cuarzos tallados.

- III -

La doncella raptada

Va a la grupa la doncella
sobre un corcel de oro y plata,
entre el alhelí y el plomo
del cielo y el campo en calma.
Va a la grupa la doncella
aunque ella sola cabalga.
Su rubia llama de pelo
ha de encender la borrasca
cuando se desasosiegue
la tarde en paz, gris y cárdena.
Aleteos del abril
asustan a la hoja plácida
y afilan sus acicates
en la hora desenfrenada
para hundirlos en la prisa
de las nubosas ijadas.
Por los llanos va el corcel,
con luces de oro y de plata,
y, en la grupa, la doncella
que en las tormentas se escapa.

El campo la ve correr
con su miopía entornada.
Un amor de río gentil
se criba entre las pestañas
de los chopos espigados,
y el verde mirar del agua
no sabe descifrar quién
es el raptor que la rapta.
Nadie se ve en la montura.
La niña va arrebatada.
Alhelíes de centellas
de olientes tormentas cárdenas
no aclararán la visión
de la llanura obcecada.
La tarde es perla siniestra;
el corcel es de oro y plata.
Como un eco del galope
se oye un trote de tronada.
No hará visible al galán
la encendida catarata.
Va a la grupa la doncella
aunque ella sola cabalga.

-[105]-

VII. Mitos campesinos

Vilanos

Estrellas del último
cielo de verano,
vilanitos tenues
vilanitos claros.

Por el campo verde
de oro recamado,
¿adónde vais ágiles
sutiles y rápidos?

Tarde de septiembre
que dora los álamos,
y lleva estorninos
al viñedo, grávido

de sombra y dulzura,
de sabrosos grajos...
(Contra la bandada
vuelan los vilanos.)

-106-

¿Dónde vais, pequeños,
pueriles y pálidos,
pajes del invierno,
farolillos blancos?

¡Ay, ciencia del mundo!
¡Códice miniado
de las verdes huertas
de frutos lozanos!

(Las capitulares
vanse dibujando,
al volver las norias
los ciegos caballos.)

En la tarde azul
de cercos dorados,
¿por qué vais de prisa,

pequeños vilanos?

¿Queréis daros cuenta
o saber de algo
del pobre universo,
y vais hacia el santo
colegio celeste
a clase de párvulos?

Jardín de convento

En el jardín del convento
las flores mueren tempranas;
viven tan solo el momento
en que doblan las campanas.

Los mástiles de las naves
que vencieron el confín,
abiertas jaulas de aves
en la quietud del jardín

ven el ansia retorcida
del pálido surtidor,
que es antorcha arrepentida
de su primitivo ardor.

VIII. Dechados

- I -

Las naranjas del domingo

Este cielo de fiesta tiene una
sinceridad tan alta,
que el subido temblor de su azul crece
con la insistencia y el fervor de un alma.
El cobre de los campos,
el oro de las casas,

se han molido en pirámides ingenuas
en los ínfimos puestos de naranjas.
Y los sueños con vida,
cascabeles de infancia,
junto a esta fuente de alegría corren
con burbujas de alarma.
No seas tan azul, azul del cielo;
para tu sed tan clara
la vendedora de globitos tiene
racimos de uvas verdes y moradas.
Y tú, niño del aro,
mejillas de manzana
-vilanito de luz y amor de madre-,
no mires las carracas
-110-
de palo fresco y virgen
cubierto con estampas
-diminutas esquirlas de la gloria-
y espejitos de gracia.
No anheles la pelota de cartón,
tosca y abigarrada,
en que unos meridianos de arco iris
juntan husos y franjas
con ecuador de seda
y trópicos de plata.
No quieras altramuces ni torrados,
que tu abuelita pálida,
te comprará esta tarde,
para juego y merienda, una naranja.
Quítala, rica espléndida,
de la humilde arpillera desgarrada.
Te enseñará su redondez jugosa,
al verla y al rodarla,
la pueril geografía del colegio
mejor que cualquier mapa,
y sabrás que este mundo,
donde la flor de tu promesa canta,
es manjar y juguete como una
mandarina en los polos achatada.
Te adiestrarás con ella
a desnudar las cosas de su cáscara,
y a sacar granos de oro
del misterio y pasión de sus entrañas.
Y cuando corras mucho, y quede seca
de anhelos tu garganta,
como en este domingo de tu aurora
se escindirán en gajos tus mañanas,
-111-
y probarás los zumos de la vida
a un tiempo dulce y agria.

El cielo azul y la amarilla tierra,
en su mutua promesa enamorada,

se han tomado los dichos a la luz
de su coloración complementaria.
La tarde desfallece
en el propio reflejo de sus ansias,
y los cuerpos se encorvan
y las sombras se alargan.
La campiña, ahora pulpa, casi carne,
pues en su vasto cuerpo hay como un ánima,
dibuja la sonrisa placentera
de la fruta empezada.
Huele a azahar la tierra que es feliz
tras sus mejillas áureas,
y como nunca queda
sino en un hemisferio iluminada,
el cielo bonachón la mira como
a su media naranja.

- V -

Granada

Granada de cuentas rojas
e inconfesables hechizos,
rosario de olvidadizos,
corazón que la luz mojas;
deja las riendas más flojas
al bocado del volcán
que galopa al lubricán,
no salten ya de sus músculos
mil simientes de crepúsculos
que todo enrojecerán.

- XII -

Lirios blancos

Maestros de los surtidores
y los párvulos luceros;
en los blancos valederos,
orates divagadores
de orugas de oro y ardores
de albura pronta a volar.
-Abril, échate a buscar
guedejas de las novicias,
brazadas, hebras, delicias,

y ¡ay! lirios locos de atar.

-[114]- -[115]-

IX. Muerte

Los sauces pensativos

Los sauces: catedrales góticas
con agujas de clorofila;
catedrales blandas, sin ira,
prosternadas en una misa.

El espíritu erótico alterna
con el espíritu erudito.
Tras el jardín reverdecido,
la celulosa de los libros...

Es Primavera orfebrería.
Un deleite cada noción,
y bajo guarismos en flor,
cada diástole, una oración.

Idilios de las bibliotecas.
Sabiduría del jardín
que no se puede discernir
como el problema en el atril.

-116-

Cada frívolo epitalamio
de la doliente clorofila
a la celulosa adjudica
en testamento una sortija.

Y se desmayan los agónicos
crepúsculos de las glicinas
en violáceas estalactitas.
Huelen a nupcias las fotinias.

En la penumbra suena el figle.
Los murciélagos calcan giros.
Perdura el cuerpo en nardos vivos
y la psique en paralogismos.